

Conteras literarias a los fastos del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América, de don Juan Valera a don Benito Pérez Galdós

Héctor BRIOSO SANTOS. Universidad de Alcalá de Henares

Desde fines de la década de 1880, los intelectuales españoles más críticos se aprestan a plantar cara a la creciente profusión de fastos y festejos en honor del Descubrimiento colombino. Irónicamente, al final de la década siguiente, como es harto sabido, lo que se reflejará en la literatura del momento y de los años subsiguientes será precisamente el final del ciclo histórico de la dominación española en Ultramar, con la pérdida de las Antillas frente a los EE. UU. Hoy, justo un siglo después de aquel acontecimiento, se nos impone la obligación historiográfica y crítica de recoger las manifestaciones más notables de las plumas españolas acerca del Centenario, a modo de *intrahistoria* –un vocablo que se pone de moda precisamente en esa generación de escritores, aunque su noción estaba implícita en la novela galdosiana¹– de los hechos políticos y culturales.

Estamos alrededor de la década de los noventa. Juan Valera emplea los años que van del 1887 al 93 sobre todo en escribir crítica literaria durante sus viajes y estancias diplomáticas en el extranjero. En el 1888 arranca su serie de artículos acerca de escritores hispanoamericanos titulados genéricamente después, en sendas colecciones, *Cartas americanas* (1889) y *Nuevas cartas americanas* (1890). En 1892 Galdós escribe *Tristana*; Emilia Pardo Bazán ha redactado su novela *Memorias de un solterón* y fundado su revista *Nuevo Teatro Crítico* un año antes. Entre 1892 y 1898 Valera escribirá artículos de prensa, que aparecerán en muchos casos en periódicos argentinos, sobre la cuestión cubana y contra los EE.UU. De 1896 datan sus entonces sonoros *Chascarrillos andaluces*, de 1895 su *Juanita la Larga*, de 1897 *Genio y figura* y de 1899 *Morsamor*.

El escritor aventurero Ciro Bayo y Seguro, más famoso por la semejanza

¹ Tal es la hipótesis, que suscribimos, de Julio Rodríguez Puértolas, expuesta en su ponencia "La literatura española ante el cambio de siglo", leída en las jornadas "España y el 98. La crisis ideológica de fin de siglo: historia y literatura", Universidad de Alcalá de Henares, 11-14 de marzo de 1998.

malintencionada que de él hiciera Valle Inclán en *Luces de bohemia* que por sus estimables obras poéticas y libros de viaje, llevó a cabo su particular conmemoración del centenario, acaso la más personal y comprometida de todas las que aquí consignaremos. Bayo había estado en La Habana entre 1876 y 1878 y regresa a América en 1889 para permanecer en tierras ultramarinas hasta 1900. En esos años se convierte en un gaucho entusiasta de las pampas de Tapalqué, en la Argentina, y en un erudito en geografía, historia, léxico y cultura americanos. Lo más relevante para estas páginas es el plan conmemorativo que Bayo alimenta en su ánimo entre 1889 y 1892, relatado por Luis S. Granjel: El viaje a caballo desde el rancho de Tapalqué hasta Chicago para visitar la exposición que inauguraría en 1892 aquella ciudad yanqui en conmemoración del cuatrocientos aniversario del descubrimiento colombino" (125).

Aunque el extravagante español, tras cabalgar por tierras de Córdoba y Tucumán con un cartel que indica su destino y misión, desiste de su gesta moderna el once de enero de 1893 en la ciudad boliviana de Potosí, sin embargo sus andanzas por la ruta de Concolorcorvo quedarán registradas en varios de sus libros, de títulos reveladores y condignos de su autor: *El peregrino en Indias: en el corazón de la América del Sur* (1912), *Chuquisaca o La plata perulera* y *Por la América desconocida*. Pese a su contacto con la realidad americana más vibrante y auténtica en Cuba, Argentina, Chile, Perú y Bolivia –en parajes tan apartados como Beni, Villabella, Acre, Madre de Dios, Santa Cruz de la Sierra, el Madera, el Manaos, Riberalta, Puerto Suárez, Corumbá...–, don Ciro, por mal nombre valleinclanesco don Peregrino Gay, no deja nunca de verse a sí mismo como un héroe a la antigua usanza y de redactar poemas épicos tan bizarramente hidalgos como sus obras *La Colombiada* y la perdida *El vellocino de oro*.

Si resulta más que llamativa su combinación de tradicionalismo –hidalguía antigua, exaltación de la gesta colonial– y personalismo –Bayo emprende un viaje real y no simbólico él mismo, sin esperar a que los organismos oficiales lo apoyen ni apadrinen–, no menos revelador es el hecho de que este extravagantísimo personaje no concluya su empresa y termine por abandonarla ante otros proyectos más realistas.

Otros intelectuales carecieron de su arrojo y de su notable ingenuidad. Permanecieron entre los límites mucho más estrechos y menos excitantes de los conceptos y las palabras, aunque no por ello dejaron de celebrar o al menos mencionar favorable o desfavorablemente, a su modo y cuando se cerraban ciclos cronológicos, los hechos históricos del pasado más trascendentes a su entender. El final del siglo XIX no fue poco pródigo en estas efemérides, aunque siempre dentro de los cauces modestos de la vida material de la época. Lo primero que se animaba con este estímulo conmemorativo era la vida diplomática, entonces vecina de la vida literaria. Precisamente es el centenario de 1892, por caso, el acontecimiento que trae por vez primera al joven Rubén Darío, ya famoso en América por su libro *Azul de*

1888, a la *madre patria*. Llega como delegado diplomático de su país, en misión oficial. En Madrid conocerá entonces a la tríada poética de moda, Campoamor, Zorrilla y Núñez de Arce, aunque no será hasta el último año del siglo que trabará conocimiento con Unamuno.

En la primavera de ese mismo año es Juan Valera quien habla del próximo Centenario, en el que parece que va a participar plenamente y al que invita a una de sus hermanas en carta íntima:

El Gobierno actual... me ha nombrado Secretario de una gran Comisión, nombrada para preparar las magníficas fiestas con que aquí quieren solemnizar el cuarto Centenario del Descubrimiento de América. Estas fiestas serán en 1892, y se destinan tres millones de pesetas para los gastos. Si para el año de 1892 estoy vivo aún, espero que tú y Luisa vendréis a las fiestas, a las que desde ahora os convido, como Secretario de la Comisión, nada menos. Además de lo que nosotros, los de la Comisión, proyectemos, el Gobierno hará una gran Exposición retrospectiva y actual, de todo objeto americano, artificial y natural, antiguo y moderno. Yo pienso que estaría bien hacer en Barcelona una brillante representación de la vuelta de Colón, de su primer viaje, y de su presentación a los Reyes Católicos. Esto bien hecho, podría ser un paso espléndido y una pompa histórica y alegórica de gran lujo y primor. En fin, con cuatro años de preparativos, bien pueden hacerse cosas estupendas (*Cartas íntimas*, 345-346).

Empero, en otra carta de cinco años después – fechada en Viena, a 17 de mayo de 1893– don Juan explica a don Fernando de Antón de Olmet una de las consecuencias del Centenario para su vida personal e incluso para su asenderada economía. Al parecer, Valera había lanzado un periódico titulado *El Centenario* alusivo a los fastos; una publicación que no fue nada bien:

El Centenario ha sido para mí un desastroso negocio. Casi nadie se ha suscrito y la mitad de los pocos suscriptores no pagan. Grande gratitud debería yo a Ud. Si excitase eficazmente a las ilustres gemelas Guzmanes para que en Sevilla y en Extremadura buscasen y hallasen colocación para algunos ejemplares de *El Centenario*, que no debe considerarse tanto como un periódico o revista, cuanto como una obra conmemorativa de las fiestas y solemnidades con que hemos ensalzado en España a Colón y a los demás héroes del descubrimiento, civilización y conquista del Nuevo Mundo. Si no logramos aún suscriptores o compradores de ejemplares, *El Centenario* va a costarme un dineral y va a ponerme en los mayores apuros, porque lo que me dan para representar aquí el papel de embajador no puede mermarse ni aplicarse a otras atenciones... (Molina, 47-48).

Así pues, Valera nos revela involuntariamente en esta misiva personal el

lado oculto de estos fastos. Muchos parecían ser conscientes a medias de que muy poco tenía España que conmemorar en fechas tan infaustas, y que era menos aún lo que podía sufragarse con los escasos caudales del Estado de entonces.

En marzo de 1897 Juan Valera publica *Genio y figura*, la historia de una mujer aventurera que transcurre en gran parte en el Brasil, en el ambiente cosmopolita de los diplomáticos allí destacados, que Valera había conocido años antes, entre 1849 y 1853, mientras desempeñaba tal oficio en la legación española en ese país. Esa obra atestigua lo observado y aprendido durante aquellos años brasileros del prosista cordobés, como demuestra claramente Azaña en unas brillantes páginas de sus *Ensayos* (33-34). La protagonista de esa novela, Rafaela, española y partidaria decidida de la inferioridad del indio americano y de su clara decadencia antes de la llegada de Colón (105), discute acaloradamente, durante las largas veladas ociosas de Río de Janeiro, con el gaucho argentino Pedro Lobo, lugarteniente del histórico dictador Rosas, que defiende una visión histórica que podríamos llamar indigenista y americanista (100-103). Entre ambos media el marido de ella, el adinerado don Joaquín de Figueredo, con una tercera solución irónica y desenfadada:

Así pues, hija mía, tú y el señor don Pedro Lobo debéis empezar por dar el ejemplo, y tú como representante de Europa y singularmente de España, y él, como si fuera el propio genio de América, lejos de pelearos y de maltrataros con insultantes recriminaciones, debéis formar estrecha alianza fraternal y ser clarísimo espejo de amistad y de concordia (107).

Si traemos a colación este curioso párrafo es porque en él, con su desparpajo habitual, el escritor de Cabra anota a su modo una suerte de síntesis de muchos de los actos culturales que estudiamos aquí. El Valera de *Genio y figura* es sustancialmente el mismo de la conmemoración del Cuarto Centenario en 1892, sólo que el entusiasmo que muestra por la escenificación material –por encargo oficial, recuérdese– de la entrevista y del retorno colombinos a Barcelona guarda poca relación con la acerada y cínica presentación de los lazos históricos entre España y las antiguas Indias. El fondo es siempre el comprensible pragmatismo de don Juan Valera: organizar los desfiles conmemorativos que se le pidan, eludir las embestidas del asilado cubano en el Distrito Federal norteamericano y luego poner en justo su lugar la inmoral política exterior de los EE. UU., una vez en suelo patrio.

En el caso de otros intelectuales, la crítica a los ritos conmemorativos era de más fuste. En efecto, por ejemplo, el erudito montañés Menéndez y Pelayo había anotado la protesta siguiente contra las efemérides vacías en una obra temprana de 1887, acerca de Calderón de la Barca:

Justa y noble cosa es que los pueblos honren la memoria de sus grandes poetas; pero si he de decir lo que siento, antes me parece funesto que útil el entusiasmo oficial y la devoción obligada, que producen los aniversarios y

centenarios, con el obligado cortejo de músicas, carros triunfales, pompas y apariencias, versos y justas poéticas. Aun lo bueno sobre un mismo asunto empalaga, cuando es demasiado: ¿qué será cuando en la turbia corriente de tantas solemnidades rueda tanto de mediano y aún de malo (307).

Ya durante los meses de la Exposición Colombina de 1892 y estando en tierras americanas, Ramón del Valle Inclán augura maliciosamente un «brillante resultado» al acontecimiento y arremete contra dos hallazgos de la historiografía contemporánea avalados por los nombres del político Luis Vidart y Schuch, y del geógrafo, marino e historiador Cesáreo Fernández Duro, que presentan respectivamente, en dos conferencias dadas en el Ateneo madrileño, las hipótesis polémicas de que Colón no era genovés, sino piacentino, y de que su célebre descubrimiento del Nuevo Mundo había ocurrido en realidad en 1477. Tales detalles motivan su reacción irónica, en unos párrafos de su nota «Cosas de actualidad» del 28 de mayo, que citamos por extenso dado su interés:

Mucho me alegro [del éxito de la Exposición], pues a decir verdad temía que las conferencias dadas en el Ateneo por los Sres. Vidart y Fernández Duro hiciesen flaquear un poco el entusiasmo por el marino genovés, y aun apagasen para muchos el áureo nimbo con que la tradición y la historia rodearon la frente del descubridor de las Américas.

No se tome lo dicho en son de crítica a los trabajos de los dos señores arriba mencionados. Vidart y Fernández Duro tienen para mí un gran mérito, aunque no sea más que por el solo hecho de decir la verdad, para lo cual se requiere no poco valor en estos “patrioterros” tiempos, pero creo que han elegido un “mal cuarto de hora”, y si esto puede decirse de los dos distinguidos ateneístas, qué no se podrá de tanto erudito por docena como ahora sale poniendo peor que digan dueñas al descubridor insigne.

Pero, a Dios gracias, los que en España valen de verdad, lejos de entretenerse en buscar “minucias” que aminoren la gloria de la magna expedición, patrocinada por aquella gran mujer que se llamó Isabel la Católica, elevan un canto –canto en prosa por supuesto– en himnos de la patria española, de la reina castellana y del aventurero de Piacenza, porque ahora resulta que Colón no es genovés, ni descubrió las Américas, o si las descubrió no fue en 1492, sino en 1477.

Todo esto se lo “tuvieron” muy calladito nuestros “sabios”, sin que por milagro hayan dicho esta boca es mía, hasta que se trató del Centenario.

!Dios les haya perdonado! (163-164).

No es de extrañar el tono beligerante del Valle juvenil, aunque si lo son, en

cambio, sus elogios (¿mentidos?) al «descubridor insigne», a la «gran mujer» y a la «magna expedición» de 1492 en un hombre tan atento a las reivindicaciones nacionales americanas del cambio de siglo y tan hostil más tarde a la ideología retardataria de los colonos *gachupines* españolistas de América. Dos décadas después conservará intactos esos sentimientos críticos, como se observa en los trazos finales poderosos –por no transcribir la nota completa– de su carta «México, los Estados Unidos y España», dirigida al director de la revista *España*:

Los gobiernos de España, sus vacuos diplomáticos y sus ricachos coloniales, todavía no han alcanzado que por encima de los latifundios de abarroteros y prestamistas están los lazos históricos de cultura, de lengua y de sangre... Hora es ya de que nuestros diplomáticos logren una visión menos cicatera [de los asuntos americanos] que la del emigrante que tiene un bochinche en América (268).

Porque en las líneas precedentes ha acusado al gobierno español de intentar pactar con el general mexicano Alvaro Obregón y con los industriales petroleros *gringos* para defender deshonestamente los intereses de la colonia peninsular en México y obtener una pingüe indemnización a las confiscaciones revolucionarias de las propiedades de los *gachupines*. Valle se indigna ante la tibia justificación que de estos manejos hace un redactor de *España* y propone algo que ya estaba, quizás, implícito en la nota de 1892: olvidar los patrioterismos fáciles y la rapiña colonial y restablecer lazos reales, sustantivos, éticamente irreprochables, como los que él intentara en sus viajes de conferenciante por las liberadas «Indias» –así las llama él con personalísimo, deliberado y contradictorio anacronismo– de la vuelta del siglo. Es el mismo escritor polifacético el que sugiere polémicamente la renovación del trato con la nueva América y el que aporta a México en pos de aventuras hidalgas, de apostolado cultural y de unas *Indias* perdidas, aunque lo hace de un modo mucho más crítico y actual que Ciro Bayo.

En 1921, Valle Inclán vuelve a México –la primera visita a ese país la había hecho allá por 1892-1893, justo a raíz del Centenario– invitado por el presidente Obregón para asistir a los fastos de otro centenario que podríamos llamar *opuesto*, el de la independencia mexicana de 1821. Como corresponde a un literato tan amante de las *things Mexican*, Valle se interesa grandemente por la revolución comenzada en 1917. Más que ornar las dichas conmemoraciones con nuevos discursos vacíos, el gallego ataca directamente el nudo gordiano del problema y acomete una creación como la de *Tirano Banderas*, tan reveladora de la vida político-social mexicana como de la herencia y la pervivencia hispana en el país centroamericano. Valle, bien informado y bien capaz, por su interés personal hacia la cuestión americana y sus experiencias, de sintetizar asuntos tan complejos como la lengua y la sociedad criolla, suele rechazar el fácil exotismo, el dictamen improvisado o la simple maravilla ante las riquezas naturales del continente, que en esos mismos años asombran a un Blasco Ibáñez, por ejemplo.

También a comienzos de nuestro siglo Manuel Azaña, famoso presidente de la II República Española y menos leído novelista, pensador o crítico literario, quien escribe lo siguiente acerca del mismo problema:

Corrido un siglo desde la amputación principal, nuestro trato con América se espiritualiza. Hablamos de hermandad, de lazos morales, del vínculo lingüístico... Pero, quitando el poder político, muchedumbre de españoles busca todavía en América el tesoro que buscaban los colonos (I, p. 175).

En enero de 1914, Benito Pérez Galdós toma el testigo de esta carrera de relevos ideológicos, exponiendo en la prensa su opinión acerca de cómo debe en realidad recordar España a sus ex-colonias ultramarinas. Así, en breves líneas, sintetizará un complejo cuadro histórico teñido convincentemente de sus colores personales:

Comunmente, proponemos la cordialidad de nuestras relaciones con las repúblicas americanas, carne de nuestras carnes y hueso de nuestros huesos. Perezoso yo también y tocado del general marasmo, pregunto: ¿Qué debemos llevar de nuestra España a las naciones americanas?... ¿Qué debemos traer de aquéllas a nuestra Patria?... Nosotros poseemos archivos, museos, catedrales, lengua sonora y castiza, historia, mucha historia, demasiada historia. Nuestros hermanos de América nos ganan en receptibilidad para la ideología de nuestro tiempo, en adaptación a los nuevos métodos del trabajo y del comercio, en el hábito de la ciudadanía, siquiera sea ésta desordenada y tumultuosa (29-30).

En este punto, imagina el prosista canario la respuesta de los españoles opuestos irracionalmente a esta savia social destinada a enriquecer a la patria enferma, según el código aquí aplicado por el Galdós ideólogo, una faceta suya casi siempre olvidada por sus lectores y estudiosos: "¡La emigración! ¡Qué calamidad! ¡Qué horrible sangría! ¡Muerte gradual, agonía lenta de un pueblo que fue nutrido y vigoroso!" (30).

Mas entra aquí en liza otro Galdós, el escritor maduro de *El caballero encantado* y otras ficciones aleccionadoras, abstractas, tan plenas de filosofía de la historia de España como ricas en consecuencias y reflexiones valederas incluso para el lector actual. Este Galdós propone una lectura adulta y razonable de la historia humana reciente:

Todas las recetas o vendajes que inventamos para contener esta lastimosa hemorragia, resultan inútiles. Y es que el remedio no depende de nuestra voluntad, sino de los designios de la Naturaleza, que determinan una saludable evolución histórica. En el correr del tiempo la sangre derramada vuelve a nuestras venas. Los españoles que huyen de nuestro suelo, viven

y mueren en el suelo americano. Las vidas extinguidas allá, florecen y fructifican creando nuevas existencias que, sazonadas por el tiempo, crean nuevos seres cuyas almas continúan enlazadas por vínculos de amor con la madre perdida (*ibid.*).

Por lo tanto, la consecuencia extraída por este Galdós filósofo de la historia no puede ser otra que ésta:

Sin prejuicio de fomentar la hispanización de América, celebremos como un hecho indudable y feliz la americanización de nuestra Península. Ciego está quien no lo vea... Tenemos una espesa población americana compuesta por individuos que el vulgo llama *indianos* con mucha propiedad, porque ellos son Las Indias conquistadas antaño por nosotros, que hogaño son la riqueza, la inteligencia y el trabajo que vienen a conquistar y civilizar a la madre caduca, adueñándose de su suelo y fundiendo así el vivir moderno con el atavismo glorioso... Es América, es América, la civilización conquistada con sangre y laureles de guerra, que ahora, con filial generosidad, a su vez nos conquista trayéndonos laureles más preciosos: el bienestar, la cultura y la paz (*ibid.*)².

Así pues, más que conmemoraciones huecas y grandilocuentes, don Benito predica una comunidad real, una comunicación auténtica con las antiguas colonias ultramarinas.

Como hemos visto en pocas páginas, los intelectuales españoles aquí antologados tan sumariamente ofrecen casi todas las aristas del poliedro que es la opinión de las élites ibéricas acerca de la cuestión ultramarina, desde el espíritu crítico acomodaticio de Valera hasta la ponderación inteligente de Galdós o el radicalismo más que moderno, con alguna nota de rancio españolismo arcaizante, de Valle Inclán. Sin rozar ninguno de estos extremos, Menéndez Pelayo pulsa hábilmente la tecla fundamental de las relaciones editoriales y librescas entre los dos continentes, esencia de un verdadero intercambio cultural. De lo que no podría nunca acusarse a los autores citados sería de hacer gala de una especial parcialidad por una patria española que poco después iba a sufrir el conocido revés de 1898. Y, desde luego, no deja de ser llamativa la falta de argumentos políticos o militares en los discursos de nuestros autores, evidencia visible de que, a sabiendas o tácitamente, intuían el rumbo que pronto tomaría la historia de España y de sus antiguas colonias. Lo intuían y anticipaban soluciones que tomaban en cuenta aspectos mucho más esenciales a largo plazo, como la cultura o el entendimiento social al que tan claramente alude Galdós.

² Para una opinión crítica acerca de esta publicación galdosiana, cf. El "Prólogo" del *edición del* texto, pp. 20-21.

Azaña, Manuel, *Antología. I. Ensayos*, ed. de Federico Jiménez Losantos, Madrid, Alianza, 1982.

Granjel, Luis S., *Maestros y amigos de la Generación del noventa y ocho*, Salamanca, Universidad, 1981.

Lohmann Villena, Guillermo, *Menéndez Pelayo y la hispanidad*, Madrid, Rialp, 1957.

Menéndez y Pelayo, Marcelino, *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria III, Obras completas*, vol. VIII, Edición Nacional, Santander, CSIC., 1941.

Molina, José L., «Cartas inéditas de Juan Valera y Fernando A. De Olmet», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 520 (1993) pp. 45-54.

Pérez Galdós, Benito, «España y América», *La Esfera*, n1 3, 17-I-1914, en Brian J. Dendle, antol. y ed., *Galdós y «La Esfera»*, Murcia, Universidad, 1990, pp. 29-30.

Río, Angel del, «Notas sobre el tema de América en Galdós», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 15 (1961), números 1-2, pp. 279-296.

Valera, Juan, *Cartas íntimas (1853-1897)*, Carlos Sáenz de Tejada Benvenuti, ed., Madrid, Taurus, 1974.

— *Genio y figura*, Cyrus de Coster, ed., Madrid, Cátedra, 1982.

Valle Inclán, Ramón M. del, *Artículos completos y otras páginas olvidadas*, Javier Serrano Alonso, ed., Madrid, Istmo, 1987.